

Luis Chaves

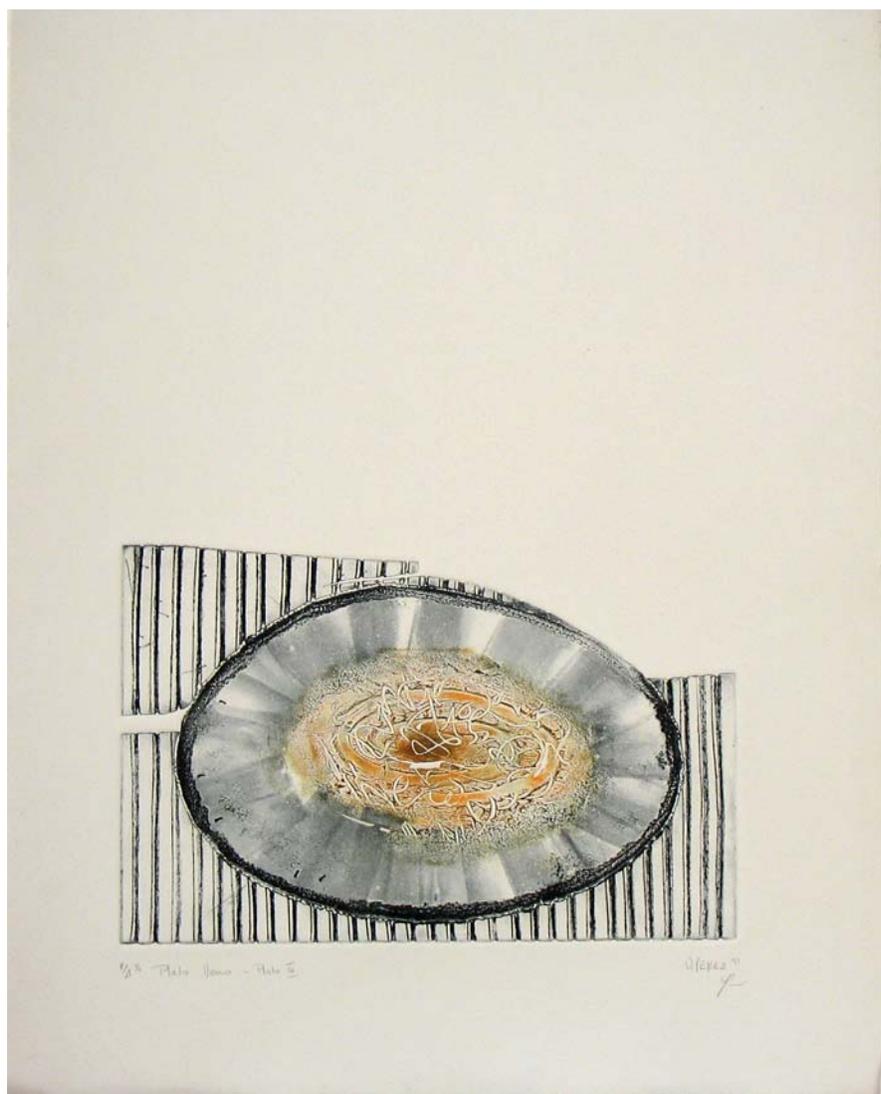
Tres versiones de Vicky

Escritor, Costa Rica

<http://www.luischaves.com/>

Mientras pensaba en qué decir sobre Virginia sin meterme en lo que no sé y sin repetir lo que ya se habrá dicho en otros de los textos de este homenaje, me puse a revisar mails que intercambié con ella y que estaban desperdigados en una cuenta de correo que abrí en el 2004. Por varias noches, abrí y releí cruces de correos rápidos, directos, con temas concretos. Así fue siempre mi relación con ella. Nos conocíamos desde el 98, cuando ella empezaba con Teorética y yo –junto con mi amiga Ana Wajszczuk– acababa de lanzar el primer número de una revista minúscula de poesía hispanoamericana. Fue por esa publicación que llegamos a Vicky (después de su muerte me enteré de que no la hacía muy feliz que la llamaran por ese diminutivo. Lo siento, Vicky, pero así te dije desde el día uno y ya no tiene sentido cambiarlo). Era una revista de formato pequeño (doce x doce cm), cada número asignado a un diseñador y regido por una idea central: no nos interesaba la poesía como la conocíamos. Aquel género ampuloso, ya fuera por cursi o por críptico, siempre apoyado en el concepto sospechoso de la “inspiración”. Queríamos otra cosa. Creo que, guardando las distancias y las proporciones (nuestra revista se detuvo en el 2004, la onda expansiva del proyecto de Vicky está aún por medirse), fue ahí, con esa revista, donde conectamos con aquella Virginia que a la cabeza de Teorética estaba iniciando una de las operaciones más urgentes en el ambiente artístico regional: si la convención dictaba que el motor del arte y los artistas estaba en el corazón, Virginia vino a poner el foco en el cerebro. Vicky sintió vecindad y sintonía y nos adoptó. Nos gustaba pensar, a Ana y a mí, que la revista era la

prima literaria de Teorética. La revista produjo once números, Teorética financió tres de ellos y nos facilitó sede para fiestas de presentación, lecturas y contactos para producir otras ediciones. En un plano más general –y sin duda más importante–, a partir de esa chispa del año inverosímil de 1998, se alimentó un fuego que nos acompañó, a los tres, por muchos años y muchos lugares. Mi recuerdo de Vicky es inseparable de mi amistad con Ana W.



Virginia Pérez-Ratton, Plato lleno #3, Juego para 13 y una memoria, 1992 © Teorética

Por diez años, los que vivió en Costa Rica, Ana se radicó en Santa Teresa, en la costa del Pacífico Norte. A San José venía solamente para compromisos puntuales. Allí tenía Virginia una casa de playa. Un par de veces, coincidiendo con visitas más a Ana, Vicky nos invitó a cenar en su casa de descanso. Recuerdo particularmente esas veladas porque, alrededor de un tablón que hacía de mesa, alumbrados por la típica luz amarillenta de las lámparas de playa, los tres hundiendo –debajo de la mesa– los pies descalzos en la arena, veo todavía hoy con claridad la cara de Vicky en su otro elemento. Allí, en ese refugio, lejos del rumor apícola de las oficinas y reuniones y conferencias (que eran su *otro* elemento, en el que también se movía como pez en el agua), se le veía radiante –como siempre pero con otra intensidad, ni mayor ni menor, diferente–. Probablemente, el lado suyo que le conocían su familia y amigos cercanos, pero para nosotros era nuevo. En esas ocasiones no hablábamos de proyectos ni de propuestas ni de exposiciones futuras ni de nada que me pueda acordar, lo que quiere decir que la pasamos muy bien. Una de esas noches, ya tarde y de camino de regreso a su casa frente al océano Pacífico, Ana –que es guapísima, inteligente y talentosa– dijo, no sé si a mí o al universo, con una voz que le salió de muy adentro, “cuando sea grande quiero ser como Vicky”.

Cuando Teorética empezó su heroico esfuerzo de publicaciones, más que ocuparse de la impresión inocua de catálogos, el acento fue siempre en la reflexión sobre la obra de artistas, sobre el pensamiento crítico y el pulso de las artes visuales en la región. Como generoso voto de confianza, Vicky me incluyó –por temporadas– en el equipo de *los teoréticos*, a cargo de la traducción de muchas de las publicaciones de la Fundación. Gran parte de los correos que estuve releyendo estos días eran conversaciones e incluso discusiones subidas alrededor de esos trabajos. Como dije antes, con Vicky la comunicación era expedita, directa y trataba puntos específicos. Y ni uno solo de esos correos, que podríamos calificar como “de trabajo” es frío, ni grosero ni indiferente ni distante. Siempre atenta, siempre al tanto de mis otras cosas, nunca ahorrando una firma cariñosa.

Para el 2005, tenía dos años de vivir en Buenos Aires. Era noviembre y recibí un mail de Virginia que no tenía que ver con traducciones ni nada parecido. Me avisaba que daría una

conferencia en Buenos Aires, invitada por el Proyecto Trama (programa de cooperación y confrontación entre artistas que funcionó en Argentina entre el 2000 y 2005) y que le gustaría que nos viéramos. Quiso el azar que justamente para esos días estuviera Osvaldo Sauma de visita en mi casa. De modo que un jueves 27 de noviembre del 2005, en un bar de Palermo, a la altura 1688 de la calle Malabia, estuvimos Vicky, su esposo, Sauma, Ana (que ya había regresado a Argentina) y otra amiga compartida, Lidia Blanco. Esa noche y la tarde de su conferencia para Trama en el Instituto Goethe la vi otra vez en sus dos versiones luminosas. En Palermo, con la misma distensión que aquella vez a unos pasos del mar. En su conferencia, hablando con la seguridad y elocuencia con que se desenvolvía en esos ambientes. La misma Vicky, brillos diferentes.

Cuando falleció, le escribí a Ana. Fue lo primero que hice. Con costos hablamos, le resumí lo que sabía de los últimos meses, que era más bien poco porque fueron los meses del círculo cercano de amigos y familia, como corresponde. Le dije que no la veía desde hacía tiempo, que habíamos hablado por teléfono muchas semanas antes del inicio del último quebranto de salud. Ana me dijo lo mismo que aquella vez, cuando le habló más a la noche de la costa del Pacífico que a mí. Esta vez, me parecía, se lo decía a directamente a Vicky.

* * *

Tenía que escribir sobre vos, Vicky. Pero nada nunca queda como uno quiere, como uno lo siente. Se acerca pero no es. Me hubiera gustado escribirte una canción, pero no fui dotado con ese talento. Todas las veces que me senté a escribir, a tratar de elegir qué contar, puse en modo repeat una canción de Mumford & Sons, "The Cave". Ahora que estoy al final de este texto, me doy cuenta de que no la elegí gratuitamente, no hubo azar. Aunque no lo supe en el momento. No sé si te gustaría este grupo. Pero esta canción está metida en todo lo que escribí más arriba. Tiene pathos y es hermosa. Sad and beautiful. Es mi manera de despedirme. Te la dedico.